

MIGUEL ANGEL SORROCHE CUERVA: LA CIUDAD EN MESOAMÉRICA EN HISTORIA DEL ARTE EN IBEROAMÉRICA Y FILIPINAS. MATERIALES DIDÁCTICOS. I. ARTE PREHISPÁNICO. SERIE MAYOR. MANUALES. SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA, 2005.

INTRODUCCIÓN.

Uno de los valores que ha sido considerado como propio a una cultura para ser considerada como civilización, es el de la existencia de un urbanismo claramente definido que estructure sus asentamientos, fundamentalmente reflejado en una organización centralizada, con predominio de edificios públicos y religiosos, conformándose en la proyección espacial de la propia estratificación social que los produce. El estudio de las características del urbanismo en Mesoamérica, tiene como objetivo el mostrar el grado de evolución al que éste llegó, apoyado en toda una tecnología pensada para alcanzar un control del espacio, tanto interno de los enclaves como del propiamente territorial, y en el que se constata la existencia de ciencias perfectamente definidas como la astronomía, matemáticas e incluso la geometría, que funcionando como auxiliares de la propiamente urbana, dotaron a estos lugares de una clara regularidad, organización entre cada una de sus partes y una perfecta interrelación con el medio natural en el que se emplazaban.

Tanto las que se pueden denominar como ciudades, como los enclaves con una clara función sagrada, participan de esta dinámica que en un sentido u otro afectará tanto a la propia arquitectura que se dispone en ellas de un modo puntual, como a los conceptos de espacio urbano y escenografía que generarán como conjuntos construidos.

La complejidad social que se tuvo que alcanzar fue evidente, ya que para poder hablar de ciudad, debemos tener presente la existencia de unas funciones administrativas, religiosas y políticas claras, en torno a clases dirigentes como la nobleza y el sacerdocio, y una jerarquización interna de las mismas en las que se reflejaba las propias relaciones del grupo. El mismo proceso de construcción de los edificios, y el grado de organización que requiere este hecho, se conforma como uno de

los exponentes más evidentes de la desaparición del concepto de sociedades igualitarias que predominaba en las fases iniciales de desarrollo.

PATRONES DE ASENTAMIENTO.

Los incipientes agrupamientos humanos, a los que podemos llamar propiamente primeras aldeas, aparecen en una fase inicial del Formativo o Preclásico, cuando se testimonia una sedentarización que afectó a la aparición de estructuras artificiales estables de habitación, que agrupadas dieron lugar a estos primeros centros. Este proceso que de una manera clara afectó al problema de la vivienda, considerando que un asentamiento se puede entender como el conjunto de viviendas, permanentes o transitorias íntimamente ligadas a funciones arquitectónicas básicas como habitar y estrechamente vinculadas a zonas productivas de carácter agrícola, supondría un salto cualitativo en el problema de la constitución de la ciudad como tal.

En este sentido, la ocupación del espacio por parte del hombre prehispánico en Mesoamérica, se vio desde siempre mediatizada por la necesidad de controlar efectivamente el entorno, no sólo disponiendo de los materiales y alimentos que éste le proporcionaba, sino también los puntos estratégicos donde establecer lugares de fácil defensa y garantizar el acceso directo a fuentes de agua, aunque en algunos casos este componente no sea tan obvio. A ello se debe unir la influencia que la religión pudo tener a partir de un momento dado en la definición de algunos de estos primeros lugares, incluso en la localización de los mismos, ya que ciudades y núcleos como La Venta, Teotihuacán, Monte Albán o las ciudades mayas contaban también con este elemento como fundamental para entender el lugar que finalmente escogían para localizarse.

El propio diseño de la ciudad prehispánica nos habla de la combinación de cada uno de los puntos anteriormente señalados, dándose una definición clara tanto de su morfología, como de la propia organización interior de las distintas zonas en las que se articula. Como si de una perfecta planificación se tratara y sin entrar a definir los casos particulares, algunos de los cuales se analizarán individualmente, la disposición de las ciudades mesoamericanas conocen una metodología perfectamente definida que se plasma en el espacio, con la combinación de plataformas, calles, plazas, edificios

religiosos y civiles, etc., que presentan una disposición y relación desde las etapas iniciales del Preclásico, en las que se empiezan a configurar los primeros núcleos.

De este modo, entorno a un centro en el que se disponen los edificios religiosos y civiles más importantes, conformando lo que podríamos llamar como el espacio ceremonial de la ciudad, se distribuye la población de una manera dispersa y sin un aparente orden. Único lugar que presenta una clara ordenación de los espacios, y en los que se puede percibir perfectamente la relación entre plataformas, altares y espacios abiertos. Incluso la calidad de la arquitectura que se construye no es la misma. Mientras que los templos y los palacios se edifican en materiales imperecederos como la piedra, complementada con unos perfectos programas escultóricos y pictóricos, y una monumentalidad que los hace destacar, el resto de las construcciones que conforman un asentamiento, pertenecientes a la mayoría del pueblo, se caracterizarán por su vulnerabilidad y materiales, como vegetales y tierra que definen unos modelos arquitectónicos que hasta la actualidad se siguen utilizando por parte de la población indígena.

EL INCIPIENTE URBANISMO.

Los primeros ejemplos registrados en el territorio que comprende Mesoamérica, se presentan en dos focos fundamentales. Por un lado la llanura costera de la Costa del Golfo de México, entre el río Grijalva y los Montes Tuxtlas; y por otro en las tierras del Altiplano, fundamentalmente en torno a la Cuenca de México, aunque no hay que olvidar los vestigios registrados en Tehuantepec y que conforman los más antiguos de la zona mesoamericana.

Sin duda los rasgos genéricos del urbanismo prehispánico mesoamericano se van a definir en sus líneas generales en los primeros asentamientos de la cultura Olmeca en la región del Golfo. En ellos se pueden identificar algunos de los patrones que se repetirán de una manera global en períodos posteriores con algunas diferenciaciones locales. Como hemos señalado anteriormente, en el origen de los mismos hemos de situar el fenómeno de la sedentarización y por extensión de la aparición de unos cambios en las pautas de actuación de los miembros de los grupos que ven necesario el desarrollo de viviendas con un fin claro de habitación y relacionadas con la proximidad

de zonas productivas desde un punto de vista agropecuario. Agua y disponibilidad de materiales se conjugan junto con los condicionantes fundamentalmente estratégicos y de control del territorio, como los básicos en el inicio del Preclásico.

Los tres yacimientos olmecas más destacados, San Lorenzo Tenochtitlan, La Venta y Tres Zapotes, desarrollados entre el 1200 a.C. y el 300 a.C., son el evidente testimonio del inicio del proceso evolutivo hacia una constante complicación al que derivó el devenir de los asentamientos estables en Mesoamérica. Como un claro rasgo diferencial, estos primeros núcleos, sobre todo los más estudiados, San Lorenzo y La Venta, presentarán una estructura organizada en base a un centro ceremonial reducido, alrededor del cual se organiza la distribución de la población repartida de una forma dispersa y sobre todo mediatizada por el hábitat lacustre en el que se hallaban. Un organigrama reflejo, por un lado de una especialización y sobre todo de una división de clases en la que la sacerdotal coparía el extremo superior de esta esquemática pirámide social y cuya existencia era imprescindible para poder llevar a cabo un trabajo de las dimensiones del efectuado. Por otro, de un ya claro conocimiento astronómico que se testimonia en la reorientación del eje mayor de la plaza de La Venta respecto al eje magnético terrestre, y que vincula al conjunto urbano con los solsticios.

Dentro de este esquema el propio centro ceremonial presentará una clara distribución de los elementos que lo componen en base a ejes orientados en relación con los puntos cardinales o referentes geográficos destacados y en los que ya aparece una clara vinculación entre espacio abierto, plazas, y estructura construida, pirámide o plataforma, que definen otro de los binomios más recurrentes del urbanismo prehispánico.

No obstante este incipiente esquema siempre ha contado con una cuestión que ha suscitado interrogantes desde el hallazgo de estos yacimientos, y es la constatación de fases perfectamente definidas en las que están ausentes los procesos evolutivos previos de formación. Un aspecto éste, que siempre ha estado muy vinculado a las características de la propia consustancialidad de lo olmeca y que se conforma como uno de los grandes interrogantes de esta cultura.

En el caso de San Lorenzo existen elementos centralizados, representados en la zona monumental, y de una infraestructura como drenajes y sistemas de recogida de

aguas, pasando por un importante conjunto de vías de acceso al asentamiento. Todo un conjunto de aspectos que resumen un ejemplo de plan urbano diferenciado en el que de una manera clara el centro juega el papel de punto vertebrador, a partir del cual se distribuye el conjunto de la población.

Distinta podría ser la consideración para los asentamientos más antiguos del mundo maya, fundamentalmente si atendemos a la idea que defienden algunos autores como Paul Gendrop y que establece una posible vinculación y origen con la cultura olmeca. Esta aseveración corroborada por las relaciones entre simbologías glíficas de Tres Zapotes e Izapa por ejemplo, no impide localizar asentamientos anteriores a la presencia olmeca sobre todo en la Cuenca del Río Pasión, localizándose focos contemporáneos en los Altos de Guatemala y Chiapas y en las Tierras Bajas Mayas.

No son pocos los autores que marcan cuáles son los componentes del patrón urbano maya en el que distinguen básicamente cuatro elementos. Primeramente las denominadas como partes homogéneas, compuestas por las viviendas que en este caso se organizan en torno a patios de forma cuadrangular y con las dependencias dispuestas en torno a ellos; en segundo lugar encontramos la parte central conformada normalmente por áreas públicas, edificios administrativos, residencias de gobernantes y edificios religiosos. En tercer lugar se disponen las vías de circulación que se encargan de integrar los distintos componentes de cada uno de los asentamientos y por último, las denominadas como partes especiales, dentro de las que se incluyen áreas destinadas a actividades productivas, de intercambio, defensa, recreación y otras.

El caso de Uaxactún nos sirve para entender el desarrollo posterior del urbanismo en esta zona tan concreta del área mesoamericana, permitiéndonos establecer una clara diferenciación con los establecimientos de la zona del Golfo de México y los valles interiores. En este caso, la ciudad no responde a un concepto unitario de asentamiento, sobre todo porque ha tenido que adaptarse a las condiciones impuestas por el terreno. Al igual que las anteriores, la zona pantanosa en la que se emplaza, ha obligado a una disposición de las estructuras principales en las elevaciones que sobresalen en este ambiente lacustre y entre las que se han definido las estructuras básicas de comunicación como han sido pequeñas veredas que han aparecido junto a los riachuelos que las recorren.

Por último en la zona de los Valles de Oaxaca, la presencia de elementos olmecas se registra desde el siglo VIII a.C., en una etapa en la que ya existían grupos perfectamente definidos que explotaban las riquezas agropecuarias de la región. En ella enclaves como Monte Albán, Monte Negro y Dainzú representan esta fase de contacto con los recién llegados olmecas. De los tres destacará el primero, al constatar en sus fases iniciales de formación una clara vinculación con los patrones olmecas definidos en la región del Golfo. A partir de una gran plaza central, de dimensiones rectangulares con un desarrollo longitudinal norte-sur, se constata una evolución que incluye el núcleo nor-occidental, con inclusión del Edificio J, para ir conformando el perfil global de este espacio público que se consolidará como tal a lo largo del Clásico.

LOS GRANDES CENTROS URBANOS.

Los esquemas hasta aquí defendidos se han aplicado a un conjunto de enclaves en los que se ha testimoniado una clara planificación y orden en la distribución de sus edificios, de tal manera que hacen pensar que no se trata de meras aglomeraciones esporádicas, sino que entran dentro de un desarrollo meditado y totalmente diseñado. En este sentido los problemas surgirían en el instante en el que decidamos hacer una diferenciación cualitativa y cuantitativa de cada uno de los centros, y determinar aquellos que han de ser considerados como verdaderas ciudades, haciéndose necesario plantear la misma definición de ciudad como parámetro desde el cual partir.

En este sentido no perdamos de vista que esa propia definición de ciudad lleva aparejada una problemática que no permite emplear una sola y exclusiva opción. Autores como Sonia Lombardo hablan de la existencia de dos criterios como los de espontaneidad y planificación, considerando la necesidad de que un enclave cuente con una serie de requisitos mínimos que permitan incluso poder hablar de un claro diseño predefinido. Estos elementos serían los de la existencia de un sistema de calles y caminos, viviendas, palacios, centro ceremonial-religioso y la plaza o mercado.

Dentro de estos intentos no son pocos los que como Alberto Amador recurren al número de sus habitantes como el componente a tener en cuenta, de la misma manera que otros lo hacen con la calidad de la arquitectura que es capaz de generar ese enclave.

De esta manera parecen claros los elementos con los que tiene que contar un asentamiento para ser definido como urbano, tales como los de disponer de un sistema de vías, y una jerarquización espacial en base a la función ejercida por las diversas estructuras arquitectónicas, que se repartiría entre la zona de habitación, la palaciega, el centro ceremonial, con un fuerte carácter religioso y el mercado, centro de la vida diaria. De la misma manera podríamos enfocar el problema de la necesidad de contar con la presencia de determinados elementos que fueran definidores de lo que se entendería como ciudad, siendo el ejemplo más destacado el de la pirámide que se convierte en el componente más distintivo de éstas.

Finalmente otra posibilidad es la consideración de la existencia de unas funciones exclusivas de estos enclaves en los que destacaría el papel del poder religioso, militar o político, el origen de la distribución de los productos generados en el territorio de influencia y por último la existencia de una diversificación social que contemple la presencia de grupos especializados en distintas funciones, totalmente alejados de la imagen de las sociedades igualitarias originales.

El punto álgido del desarrollo de las principales concentraciones humanas de la zona mesoamericana prehispánica se va a reflejar en los centros urbanos más importantes entre los que destacan los de Teotihuacan, Monte Albán, Palenque, Tikal, y Tenochtitlan. Si bien se trata de una selección puntual, necesaria para poder desarrollar algunos de los conceptos que nos interesan, de entre ellos se pueden extrapolar una serie de características genéricas que nos señalen la existencia de dos tipologías perfectamente definidas. Por un lado aquellos núcleos que participan de una planificación clara en base a ejes y plazas como son los casos de los dos primeros, siendo Tenochtitlan el punto final de dichos modelos; y los planteamientos mayas organizados en base a centros ceremoniales que funcionan como focos nucleares y se ven rodeados por la población que los genera y explica como centros de atracción religiosos.

Es por ello que precisamente sean éstos los grandes protagonistas del estudio del urbanismo prehispánico, al ofrecer un grado suficiente de complejidad en sus definiciones que difícilmente fue asimilado por el hombre occidental, y que tuvo que

recurrir a su comparación con modelos europeos para hacerlos mensurables y comprensibles.

LAS RELACIONES ENTRE ESPACIO ABIERTO Y VOLUMEN ARQUITECTÓNICO.

Una de las características básicas de los centros prehispánicos son las relaciones que se establecen entre espacio abierto y volumen arquitectónico, en una unión que se convertirá en paradigmática y definidora del urbanismo prehispánico. En este sentido la predominante presencia de los espacios abiertos se relaciona con las propias prácticas religiosas de estas culturas en las que el culto a la Luna y fundamentalmente al Sol, se convertían en los ejes de sus plegarias. De alguna manera podemos hablar de un urbanismo organizado en base a innumerables plazas que se relacionan entre sí y estructuras que las delimitan y convierten en espacios públicos de una tremenda ceremonialidad.

Desde las primeras culturas, las relaciones entre espacio abierto y volumen arquitectónico, no sólo definieron la esencia de la totalidad de los enclaves, sino que determinaron la tendencia a orientar y crear direccionalidades en base a un conjunto de elementos que se convertían en complementarios de los anteriores. Las escalinatas asimétricas, las estelas y la propia presencia de un frente con escalera en las plataformas principales, facilitaba un cierto orden espacial que la ausencia de fachadas monumentales y de elementos arquitectónicos perfectamente establecidos podía solucionar.

Dicha circunstancia tiene un ejemplo destacado en el propio diseño del conjunto de escaleras que jalonan la Calzada de los Muertos, o Miccaotli, en Teotihuacan y que se complementan perfectamente con el diseño de la pirámide de la Luna, cuyo frente mira hacia el sur para abrirse a un gran espacio abierto que se anuncia en la distancia como el gran receptor de los flujos que desde las plazas del mercado y la Ciudadela se dirigen hacia ella. Entre el siglo I y el IV d. C., la necesidad de romper con el desequilibrio entre las proporciones de los dos edificios más importantes del yacimiento podría estar detrás de este diseño urbano y arquitectónico. El estudio de la perspectiva se

percibe en el intento de corregir la diferencia entre los dos volúmenes de las pirámides, la de la Luna y la del Sol, mediante el paulatino aumento de la altura del terreno que se soluciona con una ascensión constante desde el extremo sur de la ciudad hasta la Plaza de Norte, enmarcando todo por las plataformas que delimitan a un lado y otro la Calzada de los Muertos, integrando en un solo conjunto las líneas de proyección de dichos laterales y los propios de la pirámide de la Luna.

Esta misma consideración la merecería la plataforma norte del yacimiento zapoteca de Mote Albán. Siguiendo el esquema y empleo de la escalinata como elemento diferenciador y separador de ámbitos, este sector septentrional de la gran plaza de la ciudad zapoteca se conforma como un espacio restringido, al que posiblemente sólo pudieran acceder contados miembros. Junto a ello se preocupa por insertarse dentro del conjunto del yacimiento, no olvidemos que se trata de una de las estructuras más antiguas de mismo y por lo tanto datable en torno al siglo VII a.C., diseñando una de las primeras grandes fachadas de la arquitectura prehispánica mesoamericana que se abre hacia el gran espacio abierto central, generando un foco de atracción y sobre todo de relación que se contrarresta con la gran Pirámide del Sur, que funciona como elemento que intenta generar la misma dualidad que las pirámides del Sol y la Luna de Teotihuacan, anteriormente comentadas.

En este caso, deja de existir una planificación lineal como en Teotihuacan para definirse otra más centralizada en torno al sector occidental en un punto ubicado entre los edificios de los Danzantes y la Estructura IV, y que aparece como el elemento organizador del conjunto. Desde él parten las líneas generales de proyección que ordenan al resto de elementos arquitectónicos en un continuo que abarcaría los 1400 años que constatan la presencia humana en la ciudad. La circunstancia de que se trate del único lugar del enclave que no presenta incidios de ocupación, ni siquiera de construcción, mas que la presencia de un conjunto de enterramientos, hacen del mismo un foco de fuerte atracción mágico-religiosa que lo singulariza dentro de la ciudad.

Por último, las consideraciones que se puedan derivar del análisis de enclaves como Tikal o Copán, nos ponen de manifiesto la pervivencia en etapas tardías en el período Clásico, en relación al momento de su aparición, de la vigencia de las estelas como elementos ordenadores del espacio físico y temporal que se define perfectamente

por las sociedades mayas. En este sentido, las vinculaciones que se pueden establecer entre estas estelas y los espacios que las rodean, adquieren el grado de dependencia hacia ellas, al conformarse como referentes visuales de una distribución de elementos que las consideran como signos o hitos, al marcar incluso de una manera clara, el frente desde el cual ha de ser divisada y por lo tanto estableciendo una jerarquización espacio-visual.

Junto a ello, el cariz de conmemoradora de fechas destacadas, la dotan de una doble significación al ser ella la que marca la renovación del tiempo, mediante su función como elemento recordatorio de acontecimientos que la memoria colectiva tiene que almacenar y que adquieren un papel fundamental en la señalización de unos referentes que llegan a convertir el discurrir del tiempo en algo cíclico y renovable.